

fundidos en uno solo al pié de sus murallas, la forman como un semi-circuito de agua rápida que parece un brazo de mar y no un río. Desde ese terraplen nivelado por la naturaleza en pisos sucesivos que parecen inaccesibles á las escalas de los enemigos, la mirada abarca todas las evoluciones de los ejércitos contrarios en las praderas sin límites en que se pierde el horizonte llano de la Hungría. Por el lado de tierra, las colinas y los promontorios entrecortados de profundas gargantas y cubiertos de encinas á que apenas tocara el hacha de los servios, forman al rededor de las gruesas murallas, otras tantas trincheras defensivas que resguardan la ciudad contra el asalto de los sitiadores. Por el Save y el Danubio que quedan libres, pueden recibir los sitiados víveres, armas y combatientes para reparar el consumo ó las pérdidas de un sitio.

Así era Belgrado, la ciudad que el hijo de Evrenos debía conquistar á su soberano. Seis meses de sitio no pudieron triunfar de la fuerza de la posición y del genio de Huniade, y Ali-Beg tuvo que replegar su ejército, diezmado por el cañon de los húngaros, dejando infestadas las márgenes del Save y las gargantas de Servia, con los cadáveres de sus soldados.

XXXV

Rechazado el ejército turco por la fuerza de Belgrado, se lanzó sobre la Transilvania para vencer á campo raso y en su propio territorio al héroe transilvano que habia hecho fracasar su empresa sobre el Danubio. Mezig-Beg, antiguo jefe de los turcomanos de Siwas, que en otro tiempo luchó contra el mismo Timur en Asia, y cuyo ardor belicoso no habian podido apagar en su corazón los setenta años de guerras que llevaba, recibió de Amurat el mando del ejército de Transilvania, incendió los campos, dejó sin pobladores los lugares, cortó la cabeza á los jefes, á los obispos, á los sacerdotes, encadenó á las mujeres y á los niños que enviaba á Turquía, y sitió Hermanstadt, capital de la Transilvania. Huniade, seguido por un ejército de polacos, húngaros, bohemios, alemanes y estirios, y de patriotas transilvanios que habian acudido á su voz para salvar á su propio pueblo, cayó sobre el feroz anciano turcomano bajo los muros de Hermanstadt. El viejo guerrero sabiendo muy bien que el lazo de aquella confe-

deracion era Huniade, y que el alma de aquel héroe era el alma de la Hungría, conoció que la muerte de aquel jefe seria la muerte de su ejército, y no pensó tanto en vencer á la confederacion como á su Yanko, nombre bárbaro y popular, bajo el cual era conocido Huniade en el campamento de los otomanos, á quienes tanto terror inspiraba. Mezid-Beg formó pues una columna de tres mil spahis, elegidos por su intrepidez y por la rapidez de sus caballos, solo para envolver y matar á Huniade.

Esta columna pasó haciendo destrozos por todas partes y atravesó como un torrente las filas de los húngaros, para llegar al alto donde estaba el vayo-de de Transilvania dirigiendo la lucha con el alma y con los ademanes. Sus espías le advirtieron á tiempo de la intencion de aquella carga, y sus oficiales le suplicaron que salvara en su persona el genio de la Hungría. Simon de Kemeny, su capitan mas intrépido, le arrancó la coraza, el casco, el penacho y el caballo de color tostado con crines negras que le designaban á los golpes de los otomanos, y poniéndose aquella armadura y montando sobre aquel caballo se precipitó al encuentro de los spahis, engañados por esta generosa astucia, y cayó víctima voluntaria con tres mil de sus húngaros, bajo el sable de los otomanos.

XXXVI

Durante este episodio, Huniade con la armadura de Kemeny, cayó de flanco sobre el campamento de los otomanos, mientras que los defensores de Hermansstadt caian tambien á retaguardia en una salida combinada, y cogiendo á los sitiadores entre dos ejércitos, inmoló veinte mil entre las trincheras y el cerco que él mismo habia trazado detrás de su propio campo. No quiso dejar á nadie la gloria y la venganza de combatir y herir al viejo turcomano, azote de su patria, y en efecto, Mezid-Beg y su hijo cayeron bajo la maza de armas de Huniade que entró en Hermansstadt cubierto con su sangre. Durante el festin que los habitantes libertados dieron por la noche á su salvador, los húngaros, tan feroces como los turcos, mandaban traer por grupos á sus prisioneros desarmados y los degollaban á la vista de Huniade, ébrio de sangre. El mismo héroe, con una barbarie que deshonoraba la santidad de su causa y el desnudo de su brazo, mandó que le trajeran al siguiente dia los restos de las tiendas de Mezid-Beg y de su hijo, las echó en

un carro tirado por seis caballos, y arrojando encima un monton de troncos humanos y de miembros mutilados, coronó esta pirámide de triunfo con las cabezas cortadas del anciano bajá, de su hijo y de sus generales, y envió este carro en tributo al déspota de Servia, su aliado.

Un viejo turco, á quien habian perdonado la vida para que llevara ese tributo irrisorio de los otomanos á los servios, se hallaba sentado en aquel monton de despojos humanos, con el encargo de ofrecerlos á la corte de Servia, y este carro de la venganza atravesó así la Transilvania para atestiguar á las poblaciones dispersas la derrota de los turcos y las sangui-narias represalias del héroe húngaro.

XXXVII

Schehabeddin, enviado por Amurat II con un tercer ejército para vengar á Mezid-Beg, encontró á Huniade en la llanura de Vasag, reforzado por la fama de sus dos victorias, y por los soldados mas aguerridos de la Alemania. Schehabeddin dejó en

aquella llanura diez mil muertos, ocho mil prisioneros, todos sus generales y el cadáver de Othman-Beg, el mas esforzado de los nietos de Timurtasch; él tambien, prisionero de Huniade, fué conducido, cargado de cadenas, á Ladislao, y llevó á Buda, capital de la Hungría, la noticia de su derrota.

Huniade sin dejar respirar á los otomanos, se lanzó con tres ejércitos multiplicados por la victoria hasta el corazon de la Servia turca, á las mismas puertas de Nissa, poblacion grande que cierra las gargantas del Morawa, donde encontró un cuarto ejército turco formado precipitadamente con las reservas de todo el imperio, y mandado por los príncipes y por los begs de todas las provincias de Europa y de todos los principados de Asia, llamados en socorro del imperio cuya asistencia peligraba. En mas de cien mil combatientes eran superiores sus fuerzas á las de Huniade, pero este tenia en su favor un nombre y un fanatismo que valian mas que todo un pueblo.

Los otomanos estaban mandados por el hermano del gran visir Khalil, hijo segundo de Ibrahim-Tschendereli. Resguardado por la ciudad de Nissa, apoyado á la derecha sobre la madre inexpugnable del Morawa, y cubierto á la izquierda por rocas escarpadas inaccesibles á la artillería y á la caballería de los cristianos, Amurat II en vez de llamar á Huniade á un

espacio abierto, donde el número habria podido subyugar al genio, atacó en el desfiladero donde podia disputarse el triunfo cuerpo á cuerpo. Las tres columnas que Amurat envió sucesivamente al asalto, quedaron destruidas ante la artillería y las empalizadas de los húngaros. Huniade formando entónces su ejército en una sola columna de ataque, atravesó Nissa detrás de los otomanos desalentados, y dispersándolos por ambos lados de la llanura que se ensancha pasando la ciudad, arrojó la mitad del ejército de Amurat á la izquierda entre su infantería y el Morawa, y la otra mitad á la derecha entre su caballería y las montañas, cogiendo entre aquel doble lazo una multitud de prisioneros que se vieron precisados á elegir entre el cautiverio y la muerte. Amurat con el centro solo y aislado de su ejército, se replegó vencido, pero combatiendo siempre, hácia Sofia, mas Huniade le siguió de cerca, entró tambien, y de allí se preparó á marchar sobre Filippopolis, última ciudad que protegía Andrinópolis.

XXXVIII

Pero el invierno que blanqueaba ya la cúspide del monte Hemus, salvó la capital del imperio. Amurat II fortificado en el desfiladero que lleva el nombre de *Puertas de Trajano*, porque este emperador le mandó cerrar con una puerta contra los bárbaros, y fortificado tambien en el desfiladero de Suluderbend, llamado así de las aguas que le defienden por una inundacion artificial, esperaba á Huniade en esas únicas brechas de la muralla continua del Balkan. Amurat al aspecto de la caballería húngara que se disponia á escalar el desfiladero, soltó por la rápida pendiente del Hemus las compuertas que contenian las aguas que habia acumulado en grandes receptáculos, helados únicamente en su superficie. Estas aguas se precipitaron en capas delgadas sobre los senderos que debia atravesar la caballería de Huniade, y los cubrieron durante la noche de un cristal helado, cuya pendiente aumentaba el peligro para los caballos. Huniade y su ejército retrocedieron ante aquellos hielos. Las puertas de Trajano, obstruidas por Amu-

rat con rocas que habian precipitado desde lo alto del Balkan, le obligaron á buscar otro paso. El desfiladero ménos inaccesible de Isladi, les abrió al fin el monte Hemus despues de un asalto en que las rocas, las nieves y los témpanos de hielo combatieron en vano por los otomanos. Huniade, como el Anibal de los germanos, habia jurado vencer á la naturaleza misma, para alcanzar á sus enemigos en el corazon del imperio: una última batalla que dió en la llanura de Yolowaz, á la falda del Balkan que habia atravesado, le hizo dueño del delicioso valle de Filipópolis, y en breve le entregó tambien las fértiles comarcas de Andrinópolis.

XXXIX

Fuera que la desunion que disuelve todas las confederaciones despues de las victorias, mejor que despues de los reveses, impidiese al héroe húngaro el llevar su pensamiento hasta la destruccion de los turcos en su capital, descubierta de soldados; fuera que la vuelta precipitada de Amurat, llamado de Asia en donde combatia, por los peligros de Andri-

nópolis, intimidase á los húngaros, ó fuera mas bien que el jóven rey de Polonia y de Hungría, Ladislao, dominado por su consejo en que Huniade contaba muchos envidiosos, no quisiera conceder tanta gloria á un hombre solo, lo cierto es que Huniade se detuvo en el pico meridional del Balkan, y dejando á su ejército que se consolidara en Sofia y en Nissa, volvió á pasar de prisa el Danubio con Ladislao. El rey y el general se presentaron á triunfar en la capital de Hungría, fijo ya el pensamiento en una nueva campaña para la próxima primavera.

XI.

El cansancio de tantas guerras, y la sabiduría del gran visir, aconsejaron al sultan Amurat que repusiera sus fuerzas en una paz prolongada. Los descalabros de sus generales en su ausencia, eran para él desgracias pero no humillaciones personales; por todas partes donde se presentó en persona salió triunfante. La pacificacion del Asia, la conquista de Salónica y del Epiro, doblaban las fuerzas del imperio por el Oriente. Amurat II resolvió hacer por Occi-

dente, sobre el Danubio, todos los sacrificios compatibles con la seguridad de los otomanos en Europa. La felicidad de sus pueblos era la primera gloria á sus ojos. Ya hemos visto tambien que él por su parte tenia la pasion del ócio y del amor, el genio natural de la paz. Su segunda hermana que casó con Mahumd-Tchelebi, hecho prisionero por Huniade, y que en prenda de negociacion, se hallaba encerrado en los calabozos de Hermanstadt, inconsolable en su viudez, perseguia al sultan con sus lágrimas para que rescatara á su esposo adorado. Amurat no negaba nada al amor, ni nada á su familia, y en su consecuencia, envió nuevos embajadores con ofertas de acomodamientos á los diferentes príncipes cristianos cuya union constituia la fuerza de Huniade, así como tambien al rey de Hungría. A Drakul, príncipe de Valaquia, le restituia sus Estados; al déspota de Servia, su reino y sus dos hijos prisioneros en Tokat con su tio ciego, á Ladislao y á la asamblea de los húngaros, la inviolabilidad recíproca de las dos fronteras. Ladislao inclinado á la guerra eterna por Huniade, vacilaba, pero los confederados, cuyos contingentes prometidos, esperaba ya en la primavera para la nueva campaña, se dieron por satisfechos con las ofertas de Amurat, y abandonaron á los húngaros á su propia suerte. Esta inmovilidad de los confedera-

dos obligó á Ladislao y á la dieta á consentir en la paz.

Las asambleas carecen de la constancia y de la pasion de gloria de los héroes; Huniade tuvo que doblegarse ante la voluntad de su país, y se firmó la paz de Szegedin entre los húngaros y los turcos el día 12 de julio de 1444. Ambos soberanos la ratificaron, el primero por medio de un juramento sobre el Evangelio, y el segundo por otro juramento sobre el Coran, tomando de este modo cada cual á su Dios por testigo y por vengador de la fé jurada. Un rescate de sesenta mil ducados de oro, pagado por Amurat á Ladislao, devolvió á su hermana el marido que lloraba en Mahmud-Tchelebi. El Oriente respiró, y Amurat pudo entregarse al descanso, á la vida contemplativa, al amor, que eran las principales ambiciones de su vida.

XLI

La muerte de su hijo primogénito Alaeddin, que queria entrañablemente, porque era el fruto de sus primeros amores con la princesa de Sinope, y á

quien destinaba el trono despues de haberle afianzado sólidamente, le sumergió en esa melancolía de los hombres dichosos, pero cuya dicha se entristece á su vista por lo pronto que pasa esa ventura. Su otro hijo, que fué despues Mahomet II, se hallaba todavía en la infancia, y no anunciaba en sus primeros años la impetuosa virilidad que caracterizó luego su reinado. Tenia de su madre la princesa de Servia, Elena, segunda esposa de Amurat, la hermosura femenina, la gracia tímida y la complacencia, un poco servil, á las voluntades de su padre y de sus amos que en las mujeres de esas razas eslavas recuerda las costumbres de la esclavitud antigua. Amurat no creia vivir mucho tiempo, y temia que su hijo, sorprendido por el trono, ántes de hallarse ejercitado en el manejo de las armas, y ántes de conocer el imperio, sucumbiera en las dificultades de la guerra y de la paz. Para obviar este inconveniente quiso ejercitarle él mismo miéntras aun era tiempo, y quiso hacerle reinar á su vista á fin de reparar las faltas que pudiera cometer, y para poder volar en su socorro si la fortuna le era adversa. Amurat habia concebido un pensamiento de prevision para su hijo, de solicitud para el imperio, y de voluptuosidades para sí mismo, que consistia en entregar el gobierno á un niño, dejándole confiado á ministros fieles y enten-

didados formados por él, alejarse de la capital, y viviendo, digámoslo así, de la vida, para no ocuparse sino en la meditacion de las cosas eternas; asistir de léjos á un reinado póstumo, reservándose sus consejos y su apoyo para el instante en que se hicieran necesarios, en una palabra, reinar, por decirlo así, dos veces, libertándose jóven aun del peso del gobierno que molestaba sus inclinaciones de quietud y de calma. Diocleciano experimentó el mismo cansancio, en un caso idéntico; Cárlos V le realizó en España, Tiberio fingió cumplirlo en Roma, y Amurat II le renovaba entre los otomanos. Cuanto mas dignos son los hombres de reinar, mas á punto suelen hallarse de abdicar una situacion que no engaña ménos por su nada á las grandes almas que poseen los pueblos, que vista desde léjos no engaña á los pueblos que se encuentran poseidos y desdeñados por esos amos de imperios.

XLII

Ménos trabajo le costó sin duda al sultan Amurat II el tomar esta resolucion heróica, que el hacer

consentir en ella á las tres princesas rivales y ambiciosas y jóvenes aun, con quienes se habia casado y que se disputaban á porfía el ascendiente sobre su corazón y su política. A juicio de todos los historiadores contemporáneos, otomanos ó griegos, testigos mas ó ménos bien iniciados en los misterios del serrallo de Andrinópolis, aquellas tres princesas, hermosas á cual mas, y dignas de poseer exclusivamente el alma de su esposo, la princesa de Sinope, la princesa Elena de Servia, y la joven princesa Mara, hija del vayvode de Transilvania, agitaban con sus celos, con sus intrigas y con su ódio recíproco, no solo la corte, sino el ministerio, los ejércitos y la política de Amurat.

Dando crédito á historiadores y viajeros mal informados, se han difundido en Europa falsas ideas sobre la suerte de las princesas otomanas ó cristianas casadas con los emperadores de Brusa, de Andrinópolis ó de Constantinopla; en el serrallo entregado á la poligamia, no se ve otra cosa que un rebaño de odaliscas que satisfacen desdeñosamente los gustos caprichosos de su amo, sometidas á una esclavitud un momento coronada, para ser degradadas al siguiente dia, por el cansancio de un esposo hastiado, hasta que mueren en el triste y eterno cautiverio de un haren. Ni la religion, ni la ley, ni las costumbres, ni

la historia, degradaban de tal modo el matrimonio y la suerte de las esposas musulmanas ó cristianas de los sultanes, de los principes y de los grandes del imperio. Ya hemos visto en los reinados de Amurat I y de Bajazet-Ilderim, ejemplos de matrimonios entre los sultanes y princesas que eran hijas, hermanas ó sobrinas de los emperadores de Bizancio, ó las princesas cristianas de Servia, que se hallaban rodeadas en el palacio de Brusa de todos los respetos, honores y libertades de culto reservadas á las emperatrices; hemos visto tambien que esas princesas, que la política ó la victoria entregaban, á pesar de su calidad de cristianas, á esposos á quienes su religion permitia tener muchas mujeres, llevaban consigo capellanes, y ejercian abiertamente su religion en los palacios de sus maridos. Bien que esas princesas, esposas en comun, pero legítimas de los sultanes, se viesen reducidas en este punto á la pluralidad de las mujeres, no por eso dejaban de disfrutar en los serrallos de todos los privilegios, de todos los respetos y esplendores del título de esposas ó de emperatrices, y no por eso dejaban de ejercer en el corazón y en la política de sus maridos el ascendiente que su nacimiento, sus encantos, su inteligencia y su título de madres de hijos destinados al trono, las aseguraban en el interior del serrallo. En breve vamos á ver mujeres

que ni siquiera habian nacido princesas, que reinaron y aun perpetuaron durante muchos reinados su dominacion en el serrallo con tanto imperio como Teodora en tiempo de Justiniano en el palacio de Bizancio. El serrallo, que la imaginacion se representa como una cárcel, mansion de los suspiros y de las humillaciones de las sultanas, aun cuando estaba cerrado por las costumbres á los ojos de los hombres, encerraba á la sombra de las altas murallas del haren, todas las pompas, todas las delicias y todas las intrigas de los palacios del Occidente.

XLIII

Segun la ley de Mahoma, el matrimonio, aunque combinado por una condescendencia del profeta hácia las costumbres de los árabes con la tolerancia de la pluralidad de las mujeres, es un acto á la vez religioso y civil que impone á los esposos un gran respeto al título y á los sagrados derechos de la esposa; solo está permitido, á los otomanos que pueden, alimentar á una ó varias mujeres dándolas habitacion por separado, y sosteniéndolas en todo de un

modo conveniente. Solo la ley le consagra, pero el sacerdote le bendice, y las bodas se celebran durante cuatro dias con una publicidad y unas fiestas cuyo brillo hemos visto ya en los matrimonios de los hijos de Timur y de Mahomet 1º; las dos familias, conducen á la esposa á casa del esposo, con un séquito imponente. El repudio permitido lo mismo á instancias de la mujer que del marido, se halla sometido á unas condiciones muy favorables para los derechos, la libertad y la dignidad de la esposa. El hombre que habiéndose casado con una mujer libre, la da por compañera una mujer esclava, pierde sus derechos sobre su primera esposa. Las esposas tienen un derecho legal á una igualdad perfecta en el trato y las consideraciones del marido comun, y este no puede obligar á su mujer á que reciba á su lado á los hijos que con otra tuvo. Debe consagrar al servicio de cada una de sus esposas, esclavas y criados que las sirvan exclusivamente á cada una, y si la mujer se queja de infracciones á estas leyes del haren, el magistrado juzga y hace justicia á la que se queja. Los matrimonios entre musulmanes y cristianas, son legales, con tal de que los hijos se eduquen en la religion del padre. La menor injuria y la simple amenaza de repudio del marido á la esposa, rompe el lazo del matrimonio y autoriza á la mujer á que re-

cobre su independencia. Todos los derechos de la maternidad se respetan en la esposa, y nada puede privarla del derecho de conservar en su casa y bajo su dependencia á sus hijos de uno ú otro sexo. La ternura filial con respecto á ella, no solo está en la naturaleza y en las costumbres de los orientales, sino que se encuentra tambien en sus leyes; y el deber de cubrir las necesidades de la madre, se atribuye imperiosamente por la ley, no solo á los hijos y á las hijas, sino al hermano, á la hermana, al sobrino, á la sobrina y á los demás hasta el límite del parentesco de la sangre.

XLIV

Los sultanes no se hallan exceptuados de ninguna de esas leyes sobre el matrimonio. La omnipotencia del soberano y el lujo oriental de su córte, aunque aumenta para algunos de ellos el número de las favoritas no esposas, con quienes la cohabitacion está permitida como en las tiendas de los patriarcas, no amengua en nada los privilegios y autoridades domésticas de las mujeres legítimas de los sultanes

ó de las princesas de la casa imperial. Esas mujeres ó princesas, ocupan en el recinto siempre inmenso de los palacios de invierno en la capital, ó de los palacios de estío en el campo, otros palacios aislados en medio de los jardines donde están servidas cada cual por una córte de mayordomos, eunucos y esclavos sostenidos por la casa. Su lujo es igual al del serrallo del sultan su amo, que visita alternativamente segun sus deberes ó sus gustos, esas diferentes colonias de su familia. Las ocupaciones, las rivalidades, las intrigas, las costumbres y las diversiones de esas princesas descritas por una europea que se introdujo, en uno de los últimos reinados, en la intimidad de una hermana del sultan, aclara la historia sobre los misterios de los serrallos, y sobre la existencia que podian llevar las tres princesas esposas de Amurat II en el interior de los palacios de Andrinópolis, de Brusa y de Magnesia.

« La sultana Asma, cuenta la mujer, testigo íntimo
 « y privilegiado por su sexo á que nos referimos, de-
 « seó verme en su palacio del serrallo, y el mayor-
 « domo del palacio exterior recibió el encargo de lle-
 « varnos á la sultana. Cuando llegamos al serrallo de
 « esa princesa, que estaba encerrada en los muros
 « del otro serrallo, el mayordomo mandó abrir dos
 « puertas de hierro una detrás de otra, cada una con

« su portero; despues se abrió otra puerta, y vimos
 « una porcion de eunucos negros con un palo blan-
 « co en la mano, que nos precedieron haciéndonos
 « atravesar un patio interior que estaba bajo su guar-
 « da, y nos introdujeron despues en un salon llama-
 « do el cuarto de los forasteros.

« Allí vino á recibirnos la kyaya-kalem, ó ama de
 « llaves del interior, y las esclavas que la seguían
 « nos ayudaron á quitarnos nuestros velos, y nos
 « llevaron al aposento de la sultana, á quien vimos
 « magníficamente vestida, adornada de diamantes y
 « de perlas, sentada en la punta de un rico divan
 « que amueblaba la sala cuyas alfombras y colgadu-
 « ras eran de telas de seda con adornos de oro y pla-
 « ta. Unos grandes almohadones cubiertos de raso
 « rayado de oro, que trajeron delante de la sultana,
 « nos sirvieron de asiento, en tanto que unas sesenta
 « jóvenes ricamente vestidas con trajes que arras-
 « traban, se dividieron en dos filas á la derecha y á
 « la izquierda, al entrar en la sala, y se quedaron de
 « pié con las manos cruzadas á la cintura.

« La sultana mandó al ama de llaves que nos con-
 « dujera á los jardines, que nos obsequiara y nos vol-
 « viera á traer despues para que hicieramos nuestra
 « visita, y en efecto nos llevó á su cuarto, donde nos
 « trajeron una comida, solas con ella en tanto que

« un crecido número de esclavas se ocupaban única-
 « mente en servirnos y en adornar con su presencia
 « el aposento. Concluida la comida y servido el café,
 « nos trajeron unas pipas, que no tomamos, y nos
 « fuimos á dar una vuelta por los jardines.

« Cerca de un hermoso kiosko donde debíamos ir,
 « estaban ya reunidas otras esclavas. El pabellon, ri-
 « camente amueblado y adornado, construido sobre
 « un hermoso estanque, ocupaba el centro de un
 « jardin donde los rosales formando por todas partes
 « como un alto emparrado, ocultaban á la vista las
 « elevadas murallas de aquella carcel. Unos senderi-
 « llos muy estrechos, y sembrados de piedrecillas en
 « mosaico, formaban segun el uso, las únicas calles
 « del jardin; pero un crecido número de tiestos y de
 « canastillos de flores que ofrecian á la vista una
 « agradable confusion de ricos colores, convidaban á
 « sentarse en el ángulo de un rico sofá, para admi-
 « rarlos, único fin del paseo por los jardines. Apenas
 « estabamos sentadas, cuando los eunucos que ha-
 « bian precedido la marcha, se pusieron en fila á
 « cierta distancia del kiosko, para dejar puesto á la
 « música de la princesa, que se componia de diez
 « mujeres esclavas que ejecutaron diferentes concier-
 « tos, durante los cuales, una cuadrilla de bailarinas,
 « vestidas tambien con riqueza, sino con tanto recato,

« bailaron algunos pasos bastante agradables por la
 « variedad de sus figuras. Las bailarinas tenían otro
 « aire mejor que el que ostentan por lo regular las
 « de las casas particulares; á poco rato llegaron
 « otras doce mujeres, vestidas de hombre, sin duda
 « para añadir al cuadro la apariencia de un sexo que
 « faltaba en la fiesta. Estos hombres improvisados
 « principiaron entónces una justa para disputarse y
 « apoderarse de las frutas que otras esclavas acaba-
 « ban de arrojar al estanque. Un bárquichuelo, guía-
 « do por barqueros hembras, disfrazados tambien de
 « hombres, proporcionó á las extranjeras la diversion
 « de pasearse un rato por el agua, despues de lo cual
 « volvieron á donde estaba la sultana, se despidieron
 « con las ceremonias de uso, y fueron conducidas
 « fuera del serrallo con el mismo ceremonial con
 « que habian entrado.

« Estos pormenores, añade la extranjera, podrán
 « dar una idea de la vida interior de los harenes, y
 « de las diversiones que destruyen en ellas la mono-
 « tonía.

« El jardin de las esposas del sultan, hermano de
 « Asma, sultana, mayor que el jardin de Asma, pero
 « dispuesto con el mismo gusto, sirve de teatro para
 « las fiestas nocturnas. Llévanse allí jarrones de toda
 « especie, llenos de flores naturales ó artificiales á fin

« de aumentar en la fiesta el efecto de los jardines,
 « que se iluminan con un número infinito de linter-
 « nas, de lámparas de colores y de velas colocadas en
 « tubos de cristal que se reflejan por medio de espe-
 « jos que para eso se disponen. Las mujeres del ha-
 « ren ocupan las tiendecillas que se levantan de in-
 « tento, y se guarnecen de diferentes mercancías, re-
 « presentando con vestidos análogos, los mercaderes
 « que deben venderlas. El Gran Señor convida á es-
 « tas fiestas á las sultanas, hermanas, sobrinas y pri-
 « mas, que compran en esas tiendas, así como el sul-
 « tan, joyas y telas que se regalan recíprocamente:
 « de esta manera extienden su generosidad sobre las
 « mujeres del Gran Señor que se hallan admitidas á
 « estas diversiones, y que dan otras semejantes al
 « sultan y á las princesas de su familia. »

XLV

Fácil es concebir que esta vida de los claustros de Oriente que concentra las miradas, los pensamientos, los placeres, las pasiones y las rivalidades en el estrecho recinto de un serrallo, debe dar mucha futi-

lidad, pero al mismo tiempo mucha intensidad y ferocidad á los celos, las ambiciones y los ultrajes de un serrallo habitado por princesas, mujeres de un mismo esposo, madres de hijos rivales cuya fortuna ó desdicha las cubriran un dia de gloria ó de lágrimas.

Solo por satisfacer alternativamente las pasiones de las tres princesas de Sínope, de Servia y de Transilvania, sus esposas, que participaban desde el fondo de sus serrallos de las ambiciones de sus tres familias, y que deseaban humillarse recíprocamente en su orgullo por las armas del sultan, solo por eso, decimos, Amurat II habia ganado ó perdido tantas batallas en las márgenes del Danubio ó del mar Negro. Amurat tenia el corazon y las flaquezas de los héroes; se cree que una de las causas secretas de su abdicacion, fué el arrepentimiento de esas debilidades por las tres princesas, y sobre todo por Mara la mas jóven y seductora de ellas, junto con el deseo de precaverse contra el peligro de la omnipotencia puesta al servicio del amor. La presuncion parece razonable, pues la edad no habia podido amortiguar en él ni sus vicios ni sus virtudes, en atencion á que cuando bajó del trono, todavía no contaba cuarenta años.

Antes de abandonar su palacio de Andrinópolis, formó á su hijo Mahomet II un consejo de gobierno

compuesto de los hombres civiles ó de guerra, que en sus conquistas ó en sus descalabros, le habian dado mejores testimonios de adhesion, de talento y de virtudes. Su gran visir Khalil-bajá, quedaba como el ojo y la mano del consejo. El molla Kosrew, anciano muy entendido en la legislacion, fué nombrado juez superior del ejército, disciplina viva cuya autoridad no admitia parcialidad ni tibieza.

Despues de haber arreglado con toda calma la suerte del imperio, pensó en la suya, y para precaverse contra la ingratitud de su hijo ó de sus ministros, se reservó para sí durante su vida, la soberanía y las rentas de las tres provincias pastoriles mas hermosas del imperio en Asia, á saber: la provincia de Montesche, la de Surakhan, la de Aidin, de la que dependen la Caria, la Meonia, la Jonia, los valles, las salinas y los golfos de Esmirna, y por último la *Tempe* asiática, el incomparable valle de Magnesia cuyos edificios, jardines, mezquitas, aguas y cipreses, destacan sus cúpulas, sus acueductos y sus enramadas sobre un cielo de zafiro, recordando en el dia al viajero ó al historiador esa otra Salona de otro Diocleciano.